

penitencia; y como obra en nuestro favor, es muy fácil condescender con él.

Saca de aquí el despreciar los alegatos de este perjudicial y falso amigo. Castígallo mientras mas clame: y desconfía de él cuando parezca que habla en defensa tuya. Por último, hazlo padecer siempre, y así sacarás de él provecho y utilidad.

PUNTO 2.

Considera que el verdadero amor es el solicitar para nosotros verdaderos bienes, estables, sólidos y eternos: éste es el que el Evangelio nos ordena, y éste es muy agradable á Dios; pero el otro amor desagradable es un amor falso y engañoso, que mas bien debe llamarse aborrecimiento.

Ponderar, que es tal la malignidad de ese amor, que las obras mas justas y santas suele viciarlas y corromperlas, haciendo que busquemos en ellas ya el interés, ya la vanagloria y complacencia, y ya otros fines humanos. Se estiende á mas todavía su veneno; porque intenta cubrir muchas culpas y verdaderos defectos, llamándolos zelo, ca-

ridad y amor de lo justo; y con esta máscara procura hacer pasar los vicios por virtudes muy loables.

Saca por tanto de todo esto el practicar tus cosas, con intento solo de agradar á Dios. No atiendas á los respetos humanos, ni coloques tu premio en las alabanzas de los hombres, como lo aconseja el amor propio; y ten presente esta sentencia del Apóstol S. Pablo: Si intentara complacer á los hombres, no seria siervo de Jesucristo.

MEDITACION LXXXVI.

DIGNIDAD DEL CRISTIANO.

PUNTO 1.

Considera, cuantas infelices criaturas permanecen todavía en las tinieblas del paganismo, mientras el Señor te ha llamado á tí, por medio del bautismo, sin mérito alguno de tu parte, y te ha hecho pertenecer á su escogido pueblo.

Pondera, las incomparables ventajas que

logras por este sacramento. Por él recibes la fe, cuya luz alumbrá tus pasos, para el cumplimiento de tus obligaciones: por él te anima una sólida esperanza, la que te consuela en tus adversidades: y por él, en fin, te ha comunicado Dios la gracia y la caridad, perdonándote el pecado original con que naciste, separándote de la masa de perdición, y convirtiéndote de esclavo en Hijo querido suyo.

Sea fruto de todo esto, el agradecer tan preciosos dones, y portarte, como templo que eres del Espíritu Santo, con la santidad que merece tan soberano huésped; dignidad que te ennoblece mas que cuantos honores y distinciones pueda ofrecerte el mundo.

PUNTO 2.

Considera, que siendo miembro de Jesucristo, debes permanecer íntimamente unido con él, tener una misma vida, un mismo espíritu y unos mismos sentimientos, hasta poder decir con S. Pablo: *No vivo yo; sino que vive en mí Jesucristo.*

Ponderar, que á proporcion de esta dignidad á que el Señor por el bautismo te eleva, debe ser tu conducta. ¡Eres ya Hijo de Dios! pues ya no debes pensar, decir, ni practicar cosa alguna indigna de tal Padre. Siendo su Hijo, eres su heredero, y nada tienes que ver con cuanto te presente el demonio y el mundo. Por eso se te pidió por la Iglesia, al alistarte entre los fieles, que renunciaras á Satanás y á sus pompas; y ante el cielo y la tierra así prometiste hacerlo. ¡Has cumplido tan sagradas promesas?

De aquí puedes sacar, con qué cuidado debes conservar la gracia que en este sacramento se te ha comunicado, pues lo principal que se te dijo, fué, que habías de presentar sin mancha en el tribunal de Dios despues de tu muerte, la blanquísima y hermosa túnica con que entónces se te vistió: y advierte, que si la has manchado, solo podrás lavarla con muchísimas lágrimas de tus ojos, y la sangre purísima del Cordero.

MEDITACION LXXXVII.

TEMOR DE DIOS.

PUNTO 1.

Considera, que así como en lo político el temor contiene á los pueblos, y los sujeta á su deber; así en lo moral el temor santo de Dios refrena los vicios, estímula á los hombres á la práctica del bien, y los rige y gobierna para que se aparten de lo malo: por lo cual, se ve cuan verdadero es este proverbio de Salomón: *El temor de Dios es el principio de la sabiduría.*

Ponderar, que á mas de ser muy debido en el cristiano este temor, porque Dios es una Magestad digna de infinito respeto, ante quien se estremecen los mas altos serafines, nos es sumamente útil y ventajoso: lo primero, porque él es por quien conservan muchas almas la inocencia de su bautismo, horrorizándolas el pecado, por lo temible de los juicios de Dios. Lo segundo, porque él es tambien por quien el pecador da los primeros pasos para su peniten-

cia. El que teme, dice S. Agustin, ya comienza á convertirse. El temor da principio; dice el santo Concilio de Trento; por él se deja la culpa, y entra luego el amor de Dios.

Saca de aquí, el no ser insensible á los toques que la gracia da en tu corazon, para despertarte de tu funesto letargo; antes bien pide continuamente á Dios con el Santo David: penetra, Señor, mi corazon con tu santo temor, pues éste es el que me hace temblar de tus juicios.

PUNTO 2.

Considerar, que aun despues de una verdadera conversión, y aun supuesto el perdón de las culpas, duraria muy poco el estado de la gracia, y en breve se resfriaria la caridad, si el temor de un Dios, que puede enviarnos al infierno, no nos pusiera siempre á la vista las peligrosas consecuencias de la recaída.

Ponderar, que el que teme á Dios, no solamente tiene una arma poderosa para combatir y vencer á los innumerables enemi-

gos que se oponen á la salud de nuestra alma, sino que vive siempre alegre y confiado en el socorro de ese mismo Dios á quien teme. Teniendo al Señor de mi parte, dice el Real Profeta, aunque se conmuevan los mares y los montes, y aunque se formen poderosos egércitos contra mí, nadie será capaz de intimidarme. Persuádetes, que el temor abre la puerta á la confianza; y esta confianza obliga en cierta manera á Dios para prestar auxilio á quien espera en él.

Saca por fruto de todo esto, el fijar en tu corazon la doctrina de Jesucristo: no quieras temer á los que te quiten la vida del cuerpo; pero sí teme, y mucho, al que á tu cuerpo y alma pueda condenar al infierno. Esta doctrina te mantendrá con tranquilidad en la vida, y te dará seguridad en la muerte; pues escrito está: que al temeroso de Dios le irá bien en aquella hora.

MEDITACION LXXXVIII.

MUERTE DEL JUSTO.

PUNTO 1.

Considerar, que el mismo Dios, que llamó *pésima* la muerte del pecador, es el que llama *preciosa* la del justo. Y, á la verdad, así como aquella trae las consecuencias mas funestas, como que es causa de los mayores males para el inicuo, así á ésta siguen eternos bienes, que van á ser la feliz herencia del justo.

Ponderar, que son indecibles los motivos de consuelo que tendrá el justo en los posteriores instantes de su vida. Temerá, no hay duda, al ver sus pasados desórdenes, el tiempo que espira, y la eternidad que asoma; pero ¿con qué alegría verá igualmente que esos pecados procuró lavarlos con sus lágrimas; que de ese tiempo que acaba, empleó mucha parte en el cumplimiento de sus deberes; que feneciendo, se le acaba tambien el riesgo de ofender á Dios; y que la eternidad la mira como la duración in-

terminable, en la que gozará de Dios sin temor de perderle.

Sacarás de aquí, el acostumbrarte á ver el mundo como un valle de lágrimas, y suspirar por el cielo que es tu verdadera herencia. Mira con desapego los bienes de la tierra, y yo te aseguro, que en la muerte no te causará dolor el perderlos. Sobre todo, acostúmbrate á implorar el socorro de los santos, pues estos son los grandes amigos que en ese trance te consolarán.

PUNTO 2.

Considerar, que así como el grito de la muerte avisa al pecador que hasta allí llegarán sus gustos y placeres; así también dice al justo, que en aquel punto se acaban sus penas y trabajos. ¡Qué amargos le parecerán al uno sus deleites; cuán dulce le parecerá al otro su penitencia!

Ponderar, que si los padres naturales no pueden menos que enternecerse al ver á sus hijos en alguna adversidad y aflicción, Dios, infinitamente más amoroso, ¿cómo podrá ver con indiferencia la congoja y ago-

nía del justo, que es Hijo suyo? Le estenderá, no lo dudes, una mano caritativa, y con ella le enjugará las lágrimas de sus ojos. Si los hombres no olvidan los servicios que se les prestan, Dios, que es Caridad por esencia, olvidará los oficios, que en su honor hizo el justo? Los recompensará sobradamente en aquella hora, lo consolará; y fortaleciendo su corazón con una firme confianza, le dirá como al Paralítico: *confía, hijo, que tus pecados te son perdonados.*

Saca de aquí, lo mucho que te interesa emplear los breves días de tu vida en la virtud y en la penitencia, persuadido de que esto derramará sobre tu corazón, en la hora de tus angustias, la dulce paz y consuelo en que los justos descansan. ¡O dichosos, dice S. Juan, los muertos que mueren en el Señor!

MEDITACION LXXXIX.

JUICIO FINAL.

PUNTO 1.

Considerar, que cuando estén mas descuidados los mundanos, y mas entregados á sus placeres, la fe casi estinguida, débil la esperanza, y resfriada la caridad, el cielo y la tierra con espantosas señales avisarán la próxima venida del Hijo de Dios.

Ponderar, que si solamente el oír en ese dia los fuertes bramidos del mar, ver las convulsiones de la tierra, abrirse los montes, abandonar los brutos los bosques, salir huyendo de sus grutas las fieras, cubrirse de sangre la luna, desordenarse el curso de los astros, y ver, por último, moribunda toda la naturaleza, hará tal efecto en los hombres, que despavoridos correrán por todas partes, sin hallar seguridad ni consuelo; quién podrá comprehender la turbacion de su espíritu, cuando vean que el mismo Jesucristo, en persona, viene revestido de los

esplendores de su Magestad, á tomarnos una exactísima cuenta de nuestras obras?

Sea fruto de esta meditacion, el penetrarte de un saludable temor, que moderando el ímpetu de tus apetitos y pasiones, te procure una vida arreglada, para lograr alguna confianza en ese juicio verdaderamente formidable aun á los mayores santos.

PUNTO 2.

Considera, que no hay cosa mas necesaria que este juicio; porque Dios es por esencia misericordioso y justo; y habiendo dado en el tiempo tantas muestras de su paciencia y misericordia, debe tambien darlas de su justicia al fin de los siglos, premiando la virtud, y castigando la iniquidad.

Ponderar, que en ese juicio no son menester largos informes ni cansados procesos: en un solo instante se manifestarán nuestras obras con toda claridad, de modo, que todos las vean, y todos sepan los secretos mas ocultos de nuestro corazon; saliendo á luz, sin que pueda remediarse, lo mas vergonzoso que pasó en las tinieblas.

Palabras, pensamientos, acciones, todo aparecerá con la verdad que en sí tiene, para que en el juicio y sentencia del Señor todo el mundo conozca, cómo procedió el hombre con Dios, y cómo procede Dios con el hombre.

Saca de aquí, la confusión con que estarán los pecadores, viéndose tan despreciados, y destinados á un eterno suplicio; y la alegría que inundará el corazón de los justos, mirando el valor de sus méritos, y que ya van á subir con su Dios á gozar la inmortal herencia que les está destinada. Ambas suertes tienes á tu vista: vive de modo que te toque la de los santos.

MEDITACION XC.

HERMOSURA DEL CIELO.

PUNTO 1.

Considera, ¿qué será la gloria, que costó nada menos que la vida mas humilde y obscura, la pasión mas sangrienta, la muerte

mas cruel, y el valor infinito de la sangre del Hijo de Dios? ¿Qué será, vuelvo á preguntarte, cuando Jesucristo dió por bien empleado todo esto por comprarla, prevenirla, y esperar en ella á sus escogidos.

Ponderar, cuanta será la felicidad que lograremos en el cielo, afirmando el Evangelista S. Juan: que seremos semejantes á Dios; porque allí lo veremos cara á cara, viéndole, le amaremos con la mas ardiente caridad, y amándole, seremos llenos de un gozo inmenso que no tendrá interrupción, porque será eterno. Allí tendremos con Dios un mismo espíritu y voluntad, y de su misma duración eterna participarán su inmortalidad é inmutable permanencia todos los bienes con que allí seremos enriquecidos.

Saca de aquí, el despreciar como heño y paja los tesoros y placeres de la tierra; y levantando tus ojos al cielo, ó patria mia, le dirás, ó lugar de verdad paz, ó mansion donde habitan la verdad, la santidad y la alegría! Con semejantes suspiros, procura animarte y padecer cuanto puedas, para

comprar con tus trabajos y paciencia, una riqueza que excede á toda ponderación.

PUNTO 2.

Considerar, que siendo Dios admirable en sus obras, y todas ellas tan grandes; en la gloria, dice el Profeta Isaías, es donde el Señor unicamente hace ver su magnificencia: dándonos á entender, que allí estiende sin límites su liberalidad; allí desplega la inmensidad de sus tesoros; y, en una palabra, allí es donde se porta Dios como quien es.

Ponderar, que la mayor felicidad que puede tener el alma, consiste en que el entendimiento conozca la verdad, y la voluntad ame y goze el bien; y ambas cosas se obtienen perfectamente en la gloria: porque allí el entendimiento verá claramente á Dios que es la suma verdad; y en él registrará la realidad de todas las cosas. Penetrará los secretos de la naturaleza, conocerá los misterios de la gracia, y se le descubrirá toda la economía, órden y providencia con que Dios todo lo gobierna. Igualmente, la vo-

luntad, gozando en Dios la fuente infinita del bien, no habrá cosa alguna que no posea y no disfrute con una paz segura, inalterable y eterna. ¡O grande, ó feliz, ó santa Jerusalén: ocupa tú sola mi entendimiento y mi corazón!

Saca de aquí, hacer continuos recuerdos de esa dichosa pátria que te espera. Mírala como tu herencia; pero no hagas por desmerecerla. Abrázate con valor de la cruz, y resignate á padecer un poco; sabiendo que eso poco, como dice S. Pablo, es un momento de tribulación que nos produce esa imponderable felicidad de la gloria.

MEDITACION XCI.

MAL HUMOR.

PUNTO 1.

Considerar, que lo que llamamos *mal humor* es un vicio tan detestable, cuanto común aun entre personas estimadas por virtuosas. Por su misma generalidad nos parece

un leve defecto, que no merece nuestra atencion; pero lo cierto es, que sus consecuencias suelen ser muy funestas.

Ponderar, que la raíz de este vicio es una refinada soberbia, que está muy oculta y escondida en nuestro corazon. Queremos que todos nos den gusto y nos aprécien; que nadie nos mortifique; y que todo suceda á medida de nuestro capricho; mas cuando las cosas no salen segun las deseamos, saltá al instante nuestro amor propio y se incomoda; y de aquí hace la impaciencia, el mal semblante, y aquel desabrimiento que nos hace intolerables.

Saca de aquí, el contener esa delicadeza de genio; y sufre cuando los sucesos no son como deseabas. Ten presente, que nada viene sino por voluntad de Dios; y es justo, por lo mismo, que recibas todas las cosas con paciencia, pues basta que Dios así lo disponga y ordene.

PUNTO 2.

Considerar, que aunque los santos están revestidos de nuestra misma naturaleza, ja-

más se nota en ellos ese mal genio; y la razon no es otra, sino que hacen particular estudio de corregirse y acostumbrarse á la dulzura y mansedumbre con todos.

Ponderar lo primero, que cuando somos dominados de este vicio, damos mal ejemplo á cuantos nos tratan; pues aunque callen y disimulen, siempre advierten nuestra impaciencia, nuestra falta de sufrimiento aun en cosas de poquísima importancia.

Ponderar lo segundo, el daño que nos hacemos á nosotros mismos, pues nos ponemos inhábiles aun para el cumplimiento de nuestros deberes; porque falta el sosiego para la oracion, y el aliento para los egercicios de virtud: en todo sentimos tedio é incomodidad; y de este modo somos, por esta pasion, inservibles á los hombres y á Dios. ¿Qué te parece, son funestas tales resultas?

Saca de aquí, el examinarte sobre este defecto, y no lo mires con el descuido con que suele mirarse; pues ya te consta que no debe estimarse leve, lo que trae unas consecuencias y males de tal tamaño.